

César Hermida Bustos

LA CUSINGA
esencia de fuego y viento

Novela



La cusinga

© César Hermida Bustos, 2018

Primera edición

© Eskeletra Editorial, Quito, 2018

Dirección Editorial: Ramiro Arias

Diagramación: Nieves Egoavil

Diseño portada: Alfredo Ruales

Eskeletra Editorial

12 de Octubre y Roca (esq.)1 piso Ofic. 102

Telefax: 2556691 / Casilla postal 164-B Quito

E-mail: eskeletra@hotmail.com

Web: www.eskeletra.com

ISBN: 978-9978-16-286-6

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio electrónico, mecánico, fotoóptico, o cualquier otro sin la autorización escrita de la editorial.

Imagenpress. S.A.

Impreso en Ecuador

1. Jean y Manuela

Yacían tendidos plácidamente en el césped junto a la orilla del río. El único sonido era la voz monótona pero amigable del agua que corría ufana golpeándose entre las piedras.

Yo contemplaba desde la popa del Portefaix, con los académicos y los demás miembros de la misión, la salida desde La Rochelle en una mañana de mayo hace ya cuatro años, en 1735 —contaba Jean a Manuela sobre la partida desde Francia—. Los diez iniciábamos el viaje que nos tomaría un mes y medio hasta llegar a la Martinica, tierra francesa. Veníamos con catorce sirvientes, cuatro pajes y mi enorme perro Sultán, que pronto adquirió fama de agresivo.

En el cielo azul algodonosas nubes se movían perezosas. Una que otra ave piaba alegre cruzando rauda sobre el enorme escenario verde.

Siempre, desde la preparación del viaje, estuve cerca de los tres académicos —continúa—, cerca, pero manteniéndome a prudente distancia. Ya les conoces, a Louis Godin, el jefe, que había sido nombrado académico a los 21 años y entonces tenía 31. Al parco Pierre Bouguer que era el mayor con sus 37 años de edad y al tercer académico, Charles Marie de La Condamine, que para entonces tenía 34 años, quien luego, en la práctica, se tornaría en el más importante como solucionador de los problemas, a más de cuidador de su imagen y su nombre.

Jean le contaba sus recuerdos a Manuela mientras disfrutaban del esplendoroso sol de la tarde, charlando amistosamente junto al río Tomebamba, antes de su unión con el Yanuncay, muy cerca del estrecho puente del Vergel. Los árboles que les protegían del sol del verano se mecían a ratos con fuerza por los vientos de agosto. Él le contaba porque sentía nostalgia de su familia y su tierra, extrañaba a su madre Francisca y a Guillermo su padre, a su hogar en Bonavil, cerca de la Villa de Saint Ser, en la provincia de Quersi del reino de Francia. Y también porque Manuela le preguntaba sobre su viaje, sus amigos, su vida. Dada su simpatía, su verbo y el atractivo que él sabía que ejercía sobre las mujeres, Jean estaba seguro que la seduciría y conseguiría de ella un acercamiento que le permitiera lograr el abrazo que tanto anhelaba y acaso acompañado de besos que abrirían el camino para un mayor disfrute. Pero Manuela se resistía a las iniciales insinuaciones, y le pedía que controlara sus impulsos pecaminosos, pues apenas se conocían.

El médico Joseph de Jussieu no era aún académico cuando salimos —continuó Jean—, pero parecía serlo y los demás le tratábamos como si lo fuera. Él sí estaba junto a ellos. Por ventaja Jussieu siempre me respetó. Nunca me consideró solo un cirujano de trabajo manual, porque sabía de mi prestigio como sangrador y curador de heridas y purgaciones. Por el contrario, pronto establecimos linderos, él con su estudio sobre las plantas, las causas de las enfermedades y las explicaciones filosóficas sobre la vida, yo con el cuidado del cuerpo, sus curaciones, sus necesidades, sus deseos.

Jean juzga innecesario contarle las dificultades de traer los libros científicos, filosóficos y políticos que allá se leían, algunos de lectura restringida en ambos reinos, porque seguramente serían requisados por cualquier autoridad local española. Cuando Jean le explica que su trabajo se refiere al cuerpo humano, pero que éste no es solo fuente de dolencias por heridas o infecciones, sino también

de placeres, Manuela abre primero los ojos con admiración y luego se sonríe de manera pícara, pero al ver que Jean permanece serio estalla en carcajadas, suponiendo el camino que su nuevo amigo quiere tomar.

Efectivamente, Seniergues, más allá de sus habilidades como sanador, extirpador de abscesos, limpiador de postemas y tumores, consideraba, siguiendo a ciertos autores compatriotas suyos, a los que no podía mencionar y peor traer sus libros por las prohibiciones religiosas y las condenas de la Inquisición, que el cuerpo humano, en donde se asentaba el alma, merecía más veneración que los desprecios que la doctrina cristiana hacía sobre él como fuente de pecado.

Fuente de placeres y también de dolencias que hay que curarlas, con los emplastos y ventosas como las que apliqué a tu padre —continúa de manera formal luego de una breve sonrisa de reconocimiento, ante la risa de Manuela—. Jussieu completaba mi trabajo con el suyo de médico estudioso conocedor de los efectos de las plantas y de los fenómenos naturales, de lo cálido, lo digestivo, lo circulatorio, las variedades de pus, las influencias del ambiente.

Jean sabía que tenía que andarse con cuidado sobre sus ideas hedonistas inspiradas en escritores que defendían la voluptuosidad del cuerpo, o en pintores que ponderaban el Jardín de las delicias. Podrían fácilmente ser consideradas como herejías, y de las conversaciones a los juicios de la Inquisición no había sino un paso. Pero no estaba de acuerdo en que se contrapusiera al placer los pecados y sus castigos. Igual sucedía con los cuestionamientos a la existencia de Dios. Sobre los abusos del gobierno y la explotación a los seres humanos era diferente, porque acá varios criollos compartían, aunque muy discretamente por razones obvias, las ideas de los franceses, incluyendo la propia Manuela y su amiga Estela, que eran las únicas mujeres, como excepción, pues les habían dicho que en

las logias secretas no se las admitía. Por eso continuó, volviendo al tema del grupo.

De los diez que salimos de Francia, Couplet, el técnico geógrafo ayudante, murió con fiebres hace dos años en Quito sin que pudiéramos salvarle la vida. Godin Des Odonnais, el técnico agrimensor primo de Louis Godin, no vino porque se quedó en Quito fascinado y disfrutando con su novia, Isabelita Grandmaisson, con la cual espera casarse pronto. Hugot es el relojero, Morainville el técnico y Verguín el ingeniero. Son buenas personas. A la misión se sumaron, por disposición de la Corona española, Jorge Juan de Santacilia, Teniente de Fragata de 23 años y Antonio de Ulloa de 20 años de edad, de igual rango. También son buenas personas y mis amigos.

Jean había dejado su civilización europea sintiéndose honrado por la inclusión en tan prestigioso grupo y seguro de que se trataría de una aventura protegida por la Academia de las Ciencias y por el equipo de compañeros sabios. Sabía que encontrarían acá pequeños grupos civilizados en medio de un mundo de naturaleza salvaje, incluidos los habitantes ancestrales. Y así fue, aunque les sorprendió comprobar que los civilizados no eran pocos en el Caribe, y más numerosos aún en Quito y en Cuenca. Esto les tranquilizó pues acá vivirían un tiempo impredecible. Los españoles y los criollos, descendientes de aquellos, pero nacidos acá y por ende con esta pertenencia, así como innumerables mestizos, eran educados y tenían esposas e hijas cultas y de muy buen ver. Él mismo había constatado con admiración lo bellas e inteligentes que eran las mujeres de los tres estratos sociales, aunque muchas veces fuera difícil reconocer a primera vista su pertenencia grupal, a menos que se visitara a las familias en sus hogares, como él lo hacía, y se constatará, mirando sus casas y costumbres, dialogando con los mayores, escuchando sobre sus ancestros y su riqueza. Desde luego

las diferencias en algunos casos eran ciertamente sutiles, como el de la familia de Manuela que no pertenecía precisamente al grupo de criollos sino al de mestizos ricos y aseñorados, pero a Jean esto le tenía sin cuidado.

Jean le refería a Manuela que había sido llamado entre los últimos para formar parte de una de las misiones, cuando éstas ya estaban programadas y se había definido, tras muchas discusiones, a dónde iría cada una, si al Polo, a Laponia, o a Quito de esta América. Finalmente le integraron al grupo de América. Cada misión debía comprobar la teoría de un tal Isaac Newton, inglés, que sostenía desde hacía ya 52 años, que la tierra no era redonda sino achatada en los polos, y al que muchos lo discutían. Le explicaba que, como la línea equinoccial que dividía el planeta pasaba por esta Real Audiencia de Quito, del Virreinato de Lima, jurisdicción de la Corona española, y se sabía que aquí había gente europea desde hacía 200 años, y era diplomáticamente posible arreglar con el Reino de España, finalmente se decidió que el grupo al que pertenecía debía venir acá. Pero cuán equivocados estaban cuando decían que una misión iría al polo helado y la otra al polo ardiente, pues desconocían sobre las poblaciones de ciudades y campos que vivían en la altura de las montañas andinas.

Le contó que en julio arribaron a Santo Domingo, siempre cargados de sus cajones y cofres, que a inicios de noviembre llegaron a Cartagena de Indias, en donde les esperaban los dos españoles. Que la gente tenía miedo porque todo el mar Caribe estaba lleno de corsarios y bucaneros, y las ciudades de miembros del Tribunal de la Fe con sus Casas de la Inquisición. Que a los ocho meses salieron de Panamá en el San Cristobal.

Jean conocía que, en Europa, y particularmente en Francia, el debate sobre la configuración de la tierra se hallaba en su apogeo. Siguiendo el pensamiento de Descartes, toda la familia Cassini

afirmaba que la tierra estaba hinchada en los polos y aplastada en la cintura, en cambio siguiendo a Newton y Maupertuis se pensaba lo contrario, extremos aplanados, flancos hinchados... “¡La polémica enfrentaba a los partidarios del limón y los defensores de la mandarina! Producía disputas, textos, discusiones violentas y libelos. Maupertuis propuso ir a comprobar in situ, efectuar las medidas necesarias y luego zanjar definitivamente la polémica. Maupertuis fue a Laponia a ponerla a prueba” (1). Godin y su grupo fueron a Quito.

Jean sostenía que era el destino el que había propiciado que se escogiera esta tierra, la de Manuela, para que él la conociera, se hicieran amigos y se amaran. Ella también estaba de acuerdo dentro de sí, pero para ella se trataba de un milagro divino, pues el amigo francés apareció en el momento más apropiado, justamente cuando atravesaba el suyo más difícil de su vida. Él ya sabía, pero ella debía guardar la mayor compostura, por eso le dijo que eran solo amigos, que era prematuro decir que se amaban, aunque agregara de inmediato que ciertamente le estaba tomando cariño, aunque reconociera para sí que el guapo extranjero era un pícaro simpático.

Jean le contó que el académico matemático Godin había estado varios meses en Londres antes de iniciar el viaje, y que el químico La Condamine se había dedicado a la geografía, mientras Bouguer, el otro académico, más práctico, había inventado aparatos aplicando sus teorías. Le confidenció que Pierre Louis Moreau Maupertuis, nacido en Saint-Malo en 1698 y convertido en miembro de la Academia de las Ciencias a los 25 años de edad, a los 30, en 1728, había viajado a Londres permaneciendo allí varios meses. Que él fue en realidad el más importante promotor de las misiones, cuyo origen se remontaba a las ideas del sabio inglés Isaac Newton que

naciera allá en 1642 y que falleciera a los 85 años, en 1727, de cuyas ideas sobre el atachamiento de la tierra en los polos aprendiera Maupertuis al poco tiempo del fallecimiento del sabio inglés. Le explicó que esto refutaba las antiguas ideas del sabio francés René Descartes nacido en 1596 y fallecido en el 1650 del siglo anterior, que pensaba que la tierra estaba reducida en su cintura empujando a los polos. Este último, autor del “pienso, luego existo”, no solo que era el protagonista pionero de los cimientos del individualismo (del “yo”) que hacía a cada hombre enloquecer por la búsqueda del dinero, sino que también atribuía al pensamiento el asentamiento del alma espiritual, independiente y diferente al cuerpo material. Le aseguraba que Descartes, aunque reconocía que el cuerpo humano era una máquina maravillosa, la dejaba en el plano de lo físico o biológico, para defender la religiosidad del alma, el nexo inmortal con la divinidad. Estas ideas, consideraba Jean, eran cruciales para que Manuela, que formaba parte de un grupo secreto de caballeros y pocas damas, que conversaban sobre aspectos políticos cuestionando la estructura y poder de la iglesia, clarificara el papel del hedonismo.

A riesgo de abordar temas algo complejos, Jean explicaba a Manuela que los filósofos materialistas franceses del siglo XVIII, entre los cuales figuraba Maupertuis, se solidarizaron con el pensamiento del inglés Newton, proponiendo las teorías materialistas, e incluso llegando a plantear que la capacidad de pensar era del cuerpo humano material, por lo tanto, la materia era, a la postre, la que pensaba, luego la materia era lo único que existía. En Londres Maupertuis había estudiado los trabajos de Newton que ya para 1687 había publicado sus descubrimientos sobre la gravitación universal. Que por razones de nacionalismo en su país se defendían las tesis de Descartes, pero que Maupertuis regresó al continente alabando los méritos del científico inglés, con el riesgo

de ser considerado como traidor, o por lo menos como provocador. “Excepto para Voltaire, que ve con buenos ojos la posibilidad de golpear la institución francesa mediante la realización de una cruzada a favor de la verdad filosófica. (...) Maupertuis lo inicia en el newtonismo. (...) La generación joven se entusiasma con las tesis de Newton... la vieja generación apoya a Descartes” (1).

Como Jean piensa que está confundiendo a Manuela con tantos nombres y temas, retorna a la charla local sobre los académicos y le cuenta que Godin, si bien vive muy concentrado en sus números y fórmulas, y es aparentemente muy serio y parco, varios del grupo descubrieron que era enamorado, de las mestizas y de las criollas.

—Como usted —le dice Manuela.

—Yo solo me he enamorado de ti —le responde Jean sabiendo que la frase está alejada de la verdad.

Jean continúa afirmando que Godin, que es el jefe de la misión a pesar de su juventud, es el único que ha dejado en Francia su mujer y sus dos hijos. Asegura que La Condamine es un hombre dinámico, emprendedor, activo, con vocación de líder, pero que es parco al hablar del tema de las amistades femeninas, del que casi nadie se libra. Acaso solo Bouguer del que Condamine dice que es bueno para las matemáticas, pero malo en imaginación, y que jamás tocó mujer. Con Bouguer y sus inventos, los dos son muy trabajadores, interesados en la ciencia, y casi no se preocupan de nada más. Pero le refiere que en el barco comenzaron temprano los sacrificios porque se instalaron los conflictos. Por la diferencia de caracteres —asegura—. Fue al tiempo que mi perro produjo el primer problema, y tuve que disponer que se lo matara con un pistoletazo pues había mordido en la mano al médico Jussieu. Como cirujano, de hábiles manos para el modesto trabajo práctico, debí curar al sabio médico y vendarlo. Él, muy huraño, se encerró entonces por varios días en su

camarote (2). Eso fue para mí un verdadero pesar, pues siendo yo un hombre comunicativo y alegre me quedé entristecido, primero por la preocupación de que no sanara pronto la herida de la mano, y segundo por la pérdida de mi perro.